



Vic, 19 de julio de 2012

UNA ANUNCIATA RENACIDA PARA UNA EVANGELIZACIÓN AUDAZ

Mis queridas hermanas:

En esta vida todo tiene su comienzo y por ende su fin. Este Capítulo reúne las dos características; ha sido largo, muchos temas para estudiar, horas y días con total dedicación. Pero valdrá la pena, o mejor, la alegría.

Estos días hemos estado en las Asambleas finales donde se han ido votando los esquemas de las Actas. Hoy, día 19 se ha dado fin al capítulo leyéndose éstas tal como quedan y nos llegarán a su debido tiempo, Se palpa, al escucharlas, que ha habido mucha reflexión, estudio, búsqueda de la voluntad de Dios, un grandísimo amor a la Congregación y siempre en el punto de mira: *“Una Anunciata renacida para una evangelización audaz”*.

El colofón lo hemos vivido esta tarde cuando hemos participado de una oración y celebración que creo nos ha llegado muy adentro. Han tenido como centro LA LUZ. Esas luces de faroles que desde el primer día han permanecido encendidas en la sala capitular siendo signos de fraternidad, de discernimiento, de esperanzas, de búsquedas, para toda la Congregación.

En una procesión por la casa portando luces en nuestras manos, hemos llegado hasta el corazón de nuestra Casa Madre, la iglesia que guarda como tesoro los restos del querido Padre. Ahí hemos renovado nuestro compromiso de ser auténticas discípulas de Jesús, viviendo el carisma de Domingo y Francisco Coll.

Las hermanas regresarán ya a sus comunidades, merecen una acogida lo más fraternal. Nosotras las elegimos, quisimos que nos representaran, confiamos en la misión que llevaban. Y en mi humilde reflexión, que sencillamente os comparto, ahora somos toda la Congregación las que tenemos que ponernos “manos a la Obra”.

Personalmente doy fin a mi humilde servicio. Han sido muy gratificantes estos días en que de alguna manera sentí esa unión con toda la Congregación poniéndoos un poco al tanto de lo que las Hermanas Capitulares llevaban a cabo. Agradezco de todo corazón a la Priora General María Natividad que me confió esta pequeña tarea y a las hermanas que me aceptaron. Además doy gracias a Dios de todo corazón porque dispuse de mucho tiempo y lo pude dedicar a acompañar a las hermanas de la enfermería, experiencia que me ayudó a contemplar el cariño con el que nuestras enfermitas terminan sus días siempre atendidas por otras hermanas y ayudantes en sus mínimas necesidades. Han dado toda su vida por la Congregación y ahora son como la joya más cuidada tal como el Padre Coll quería.

Y seguir agradeciendo, en nombre de todas las capitulares, estoy segura, a las hermanas de la comunidad. Sus delicadezas nos han hecho sentir en NUESTRA CASA MADRE, la casa de acogida que San Francisco Coll soñaría para su Anunciata.

Que nuestro Padre Dios nos bendiga y la Santísima Virgen de la Anunciación con Domingo y Francisco sigan ayudándonos a convertir nuestra vida en un fiel y alegre testimonio que se convierta en un interrogante en los jóvenes de hoy.

Con mucho cariño.

H. Pilar Medrano